

Pensar la violencia

Introducción

Sufrir un daño significa que uno tiene la oportunidad de reflexionar sobre el daño, de darse cuenta cuáles son sus mecanismos de distribución, de enterarse de quién otro es víctima de las fronteras permeables, así como de la violencia inesperada, la desposesión y el miedo.

JUDITH BUTLER

Lo complicado de hablar de la violencia como un fenómeno que determina las dinámicas de nuestra vida cotidiana es, precisamente, que lo hacemos desde el núcleo del problema. Somos actores y espectadores que desde nuestros recursos sociales, culturales y afectivos vamos creando juicios e interpretaciones respecto de los acontecimientos diarios, opiniones y consideraciones que rozan las fronteras relativas del pensamiento, y median nuestra experiencia subjetiva.

De este modo, cuando pretendemos construir algunas interpretaciones particulares para convertirlas en explicaciones objetivas y críticas, de aquellas dimensiones de violencia que enfrentamos cotidianamente y buscar superar el relativismo informal con el que respondemos a las preguntas que constantemente nos hacemos de ella, nos enfrentamos a un nuevo problema: pensar en la violencia no es sólo pensar en el concepto; de hecho, uno de los más grandes dilemas es la polisemia y ambigüedad del término. Por tanto, la violencia se devela como un problema multidimensional sobre el que debemos reconocer y discurrir con la conciencia de su complejidad. Sin que ello implique simplificarlo a generalidades conceptuales o reducirlo al debate de teorías, por el contrario, ello sólo

significaría una desventaja para el tratamiento urgente, aunque formal y crítico, que nos demandan nuestros contextos sociales contemporáneos.

Hoy, sin duda asistimos a un tiempo que nos dificulta discernir desde una línea de comprensión difusa la realidad que vivimos. El efecto inmediato de tal discernimiento es la sensación de enfrentar una imposibilidad para definir aquello que presenciamos, eso que pese a estar inscrito en el ámbito de “lo cotidiano”, nos sumerge en una atmósfera de negación u omisión. Y, sin embargo, nos vemos tentados a seguir nombrando los fenómenos sociales, sin darles un sentido propio. De ahí la constante necesidad de “racionalizar” lo que parece incomprensible e indecible, de aquello que nos lleva a enfrentar de maneras distintas lo que interpela nuestra condición humana, de aquel cúmulo de situaciones y acontecimientos que suprimen nuestra voz, por eso consideramos que encontramos en el acto de “re-presentar” un fenómeno social, es quizás una vía para expresar esa sensación de incertidumbre y extrañamiento.

Por tanto, ofrecer una respuesta a los problemas que enfrentamos, requiere no sólo de seguir un proceso metódico que establezca las condiciones de nuestra indagación, también exige demostrar que la existencia y lo que le atañe, no sólo se describe, también se explica y, sobre todo, se problematiza (se cuestiona, se indaga). En este sentido, no basta sólo con decir, narrar o describir lo que observamos prontamente, es necesario entenderlo, hacerlo inteligible y dotarlo de sentido a través de nuestros recursos epistémicos, pero también existenciales. Acceder a la realidad es, en cierto modo, conocerla desde horizontes que no son visibles inmediatamente.

En consecuencia, consideramos que las violencias contemporáneas comparten la característica de adquirir formas de manifestarse, que resultan difíciles de ser explicadas y expresadas, simplemente porque es más fácil adjetivarlas o aludirlas con el sesgo de la trivialización. Nos referimos a violencias que trasgreden el ideal de evolución, civilidad y progreso humano y que, paradójicamente, se gestan dentro de horizontes éticos teóricamente delimitados y acordes con la idea de seguridad, el bienestar y orden.

De ahí que el fenómeno de la violencia y sus dimensiones y manifestaciones se transforman de manera abrumadora, y nos exija hablar también de la crueldad, el terror y el horror, como vehículos de la violencia cercanos a la experiencia cotidiana. Esta proximidad de fenómenos so-

ciales implícitos nos orienta a la necesidad de pensar que el problema de la violencia no implica solamente la perspectiva del desarrollo teórico de éste, también implica poner atención a las experiencias subjetivas y al reconocimiento de las memorias de las víctimas de la violencia, como una fuente fundamental, no sólo para generar programas académicos sólidos al respecto, sino también para producir propuestas viables de justicia, paz y restitución de derechos básicos del hombre.

En este sentido, las reflexiones que en este número se conjuntan no sólo comparten la temática general que las convoca sino una inquietud que, si bien se origina como una preocupación surgida de sus múltiples reflexiones e investigaciones académicas, también reflejan la inquietud por ofrecer a la sociedad posibles respuestas o, por lo menos, atisbos de comprensión respecto a estos tiempos aciagos.

Es importante decir que la investigación académica no se salva del padecimiento de la violencia, de hecho, ésta puede mermar su desarrollo, quedar hundida en una atmosfera de perplejidad e incompreensión, guardando silencio frente a lo que en un primer momento parece indecible, o bien, caer en una examinación superficial que no alcanza a responder las cuestiones fundamentales del problema. Ciertamente es que cuando un tema se pone en boga, los desatinos teóricos no son pocos. Por esta razón, los textos que aquí se presentan se ofrecen con la responsabilidad que requiere abordar un asunto complejo que, además, contiene matices de sensibilidad que comunican los dolores más profundos de nuestra sociedad.

En efecto, lo que aprendemos socialmente tiene mucho que ver con la conciencia del dolor y con el uso de la violencia, la cual se va adquiriendo y afinando con el tiempo y con las experiencias individuales y colectivas, por eso resulta tan importante que cualquier aportación teórica comprenda la importancia de permanecer en constante comunicación con los actores centrales de aquello a lo que pretende dar explicación o respuesta. De ahí que el sentido crítico y objetivo de toda investigación o reflexión en torno a la violencia debe encontrar un canal que reconcilie la elaboración racional de los procesos vivenciales, con el uso y la práctica de cualquier expresión de violencia. De este modo, hablar sobre secuestro, desapariciones forzadas, fosas clandestinas, violaciones, torturas, narcotráfico, feminicidios, etcétera, no sólo implica explorar las condiciones de posibilidad que tenemos frente a estos hechos, por el contrario, consideramos

que ello significa que somos capaces de tomar una postura ética frente a aquello que está poniendo en jaque nuestros modos de socialización y existencia. Más aún cuando reconocemos que la violencia actual no sólo afecta a quien la produce, basta con estar en el lugar y tiempo equivocados para saber de sus efectos. Entonces ya no hay huida, el cuerpo se inmoviliza ante su propia fragilidad.

José Luis Cisneros
Sergio A. Méndez Cárdenas